

diente sin correspondencia ninguna. Contemos, pues, ahora los amores de Apolo y Dafne.

Pero antes precisa detenerse un poco en la procedencia y en la naturaleza del mito apolinesco. En este dios descúbrese, como en ningún otro de los griegos, el origen puramente asiático de su idea, de su dogma, de su intrínseca significación. El paganismo tiende á una teocracia en el paso de los tiempos prehistóricos á los tiempos heroicos, porque la teocracia resultará siempre forma natural de las sociedades incipientes, organismo propio de los pueblos jóvenes ó niños. Esta teocracia constituye lo que podríamos llamar el catolicismo de los tiempos clásicos. Así como la sociedad cristiana de la Edad Media sale de los tiempos evangélicos para ir á los tiempos católicos, á la teocracia moderna, la sociedad helena sale de los dioses cabires para ir á los dioses asiáticos, á la vieja teocracia. Los cristianos constituyen esta forma social cuando, por las irrupciones de los bárbaros, Europa retrocede á una especie de primitivo estado, y los griegos constituyen esta forma social cuando necesitan una grande unidad religiosa contra el fraccionamiento de los pueblos, contra la división entre las familias, contra las guerras continuas de lugar á lugar, contra las irrupciones varias que se disputan por tierra y por agua el áureo vellocino

denominado Grecia. La teocracia católica tiene que copiar su pontificado, su disciplina, su derecho canónico de la vieja Roma, como la teocracia griega tiene que copiar su Apolo del Asia, su Apolo llegado desde territorios arios ó semitas, pero profundamente asiáticos, á Frigia y á Creta, para transformarse luégo en el sol que ilumina los espacios y los espíritus. Esta isla de Creta, colocada entre Asia y Europa, cerca de Grecia por un lado y cerca de Siria por otro, á igual distancia casi de la Palestina y del Egipto, regiones reveladoras, sirve como de parada providencial para que los dioses helénicos tomen sobre aquel término medio geográfico su carácter griego, sin perder por eso el antiguo carácter oriental. A los dioses cabires, pues, dioses de un pueblo agricultor, suceden los dioses astronómicos y astrológicos, dioses de un pueblo tendente á superior civilización y necesitado, en sus aspiraciones ambiciosas, de una verdadera forma teocrática para iniciar su trabajo y cumplir su destino. Ceres, Cibele, son las diosas del campo arado, mientras Apolo, Poseidón, Dionusios, los dioses del cielo. A Dionusios los titanes lo cuecen dentro de una caldera rebosando agua hirviente. Y de aquí el calderillo con agua puesto al pie del ara sobre la sacra trípode y el fuego perdurable. Poseidón y Apolo resultan de la misma

naturaleza y de igual origen, aunque Poseidón sea, como Neptuno, el mar, y Apolo sea, como Helios, el sol; aunque Neptuno sea el agua y Apolo sea el fuego. Poseidón y Apolo representan el sol á una, pero se diferencian en que Apolo es el sol elevándose á las alturas y Poseidón es el sol sumergido en el mar. Sabían instintivamente los antiguos mucha más física de lo que nosotros presumimos, y juntando Poseidón y Apolo para formar las nubes, habían adivinado la evaporación, las condensaciones en las alturas, la parte que toma el calor en los nublados, en esos nublados los cuales bien podían provenir de Poseidón el agua y de Apolo el sol, puesto que llevan en sus entrañas la gota del rocío y la chispa del rayo. El mito de Apolo, por ende, representa una transformación en la mitología griega y una edad nueva en el desarrollo de sus dogmas, la edad francamente sacerdotal y teocrática.

Los antiguos relacionaron á una con Apolo así los resplandores del sol como los resplandores del alma. Su luz esclarece las cosas y aviva las ideas. Él, no solamente ha destruído la serpiente Pitón, que significa el mal, también ha presidido desde tiempos inmemoriales aquellas musas, á quienes deben sus inspiraciones las letras, las ciencias y las artes. Apolo representa el conjunto de las formas,

y por ende guarda el secreto de la belleza. Los antiguos lo revistieron de juventud perpetua porque nunca se apaga el sol y nunca la espléndida luz envejece. Cuando paseáis por el Olimpo de las artes, ó sea por el Vaticano de Roma, veis de un lado el Apolo del Belvedere, tan hermoso en su mármol de Paros, y en su áureo color prestado por los barnices del tiempo y por los resplandores del cielo, mientras de otro lado, en las cámaras pontificias, el Apolo de Rafael, circuído por las musas; al contemplar la serenidad bellísima de aquel paisaje, la noble actitud majestuosa del dios coronado de rayos y de laureles en la cumbre del Parnaso y circuído por las musas y por los poetas, veis bien claramente cómo Apolo ha reinado, cual un sol de las almas, difundiendo el éter de las inspiraciones y de las ideas, como en la histórica y grande Asia, en la grave y armoniosa Roma y en el revelador y clásico Renacimiento. Apolo, pues, forma como la base de la sociedad griega y como el espíritu de las griegas artes. Y cuando se piensa que, á pesar de las transformaciones del alma y de los desarrollos del progreso, esas artes aun privan hoy entre nuestros poetas y guardan manantiales de inspiración para nuestros genios, y que la libre y democrática sociedad ateniense aun sirve de modelo á nuestras sociedades contemporáneas, no podemos sino reco-

nocer que cual Apolo reinó en el Asia, en Grecia y en el Renacimiento, reina en nuestras almas todavía como reina é ilumina el mismo sol en los espacios que inspirara y esclareciera con su éter á nuestros primeros padres. La religión cabira de Ceres fué una religión esencialmente formada por los siglos para servir á un pueblo de agricultores, y la religión astronómica de Apolo es una religión esencialmente formada para un pueblo próximo á iniciar superior cultura por medio de su antigua inspirada teocracia. De aquí el que significara la religión cabira el himno de Ceres y signifique la religión astronómica el fragmento de órficos himnos legados por los tiempos prehistóricos á nuestro tiempo y tenidos en la historia humana como gérmenes preciosísimos de artes y de ciencias que aun hoy iluminan los espíritus y sugieren las ideas. Pero lo que representaba con especialidad el culto de Apolo en los viejos tiempos era el oráculo de Delfos, á cuya respuesta se atuvieron en su gobierno tantos reyes, en su guerra tantos capitanes. Valle Delfos abierto en la pendiente del Parnaso y rico en manantiales que tanto refrescan las abrasadas tierras del Mediodía y en adelfas que tanto hermocean con sus verdes hojas de toques metálicos y con sus delicadas flores de subido rosa el borde tranquilo de los torrentes, bien puede asegu-

rarse como cualquier hendedura volcánica sombreada por cualquier misterioso árbol podía bastar á que un oráculo allí se produjera y á que diese tal oráculo sus misteriosas respuestas. Por eso allí la sibila sobre su trípode, los coros con sus himnos, los sacerdotes con sus coronas de laurel, los pueblos en paz con sus ramos de olivo, los héroes en guerra con sus palmas, los poetas escribiendo aquellas odas pindáricas las cuales han quedado como eternos ejemplares del estro lírico, los atletas untados de aceite que los hace aparecer como astros, los anfitriones representando á Grecia, la piedra Onfala donde se posaron á la vez las dos palomas expedidas por Júpiter á medir el mundo, todos los caracteres y todos los timbres de la civilización antigua, porque representa Delfos con sus colegios teocráticos y con sus fórmulas oraculares el centro espiritual y material del suelo griego, el núcleo donde ha ido poco á poco formándose la tierra que atrae todas las almas é irradia todas las ideas.

Pues bien, Apolo, un dios tan excelso en el arte y en el Olimpo helénico, cae bajo la dominación del amor y debe fatalmente obedecerlo. Cupido se desquita de sus burlas por modo bien cruel, condenándolo al dolor de amar y no ser amado. Cupido sólo respeta, en su afán por dominarlo todo, á las nueve musas, á esas vírgenes madres que han de

generar en su castidad fecundísima las puras y luminosas ideas; los demás, todos, mortales é inmortales, tendrán que sufrir su imperio y que someterse á su incontestable autoridad. Júpiter, el primero de los dioses en su calidad suprema de generador universal, tendrá indecibles aventuras amorosas y engendrará en estas aventuras larga prole divina. Pero Apolo, más casto, mucho más casto, cuya vida se reduce á un comercio espiritual con las musas que preside y á una sugestión de sus respuestas á la pitonisa que inspira, enamórase perdidamente de ninfa terrena, engendrada por un modesto río como el Peneo y puesta, merced á tal origen y á tal genealogía, entre los genios agrícolas ó rústicos, tan lejanos del cielo y tan dispares del sol como las humildísimas luciérnagas. Pero estos genios, en el ardor de nuestra naturaleza meridional, huyen los rayos del sol y buscan la sombra grata y el agua fresca para contrastar un tanto los estivales ahogos y la pesadumbre abrumadora de un día caluroso. Así veréis las adelfas naciendo entre los pedregales al amor de cualquier canto rodado que las preserve del sol, á la orilla de cualquier torrente ó manantial que les comunique su frescura. Se necesita nacer, criarse, ó, por lo menos, vivir mucho tiempo entre los pueblos meridionales, para tener el concepto claro de la belleza que con-

tienen, por ejemplo, una hoja de olivo, una voz de cigarra, una rama de laurel. Yo de mí debo decir que me huelgo y me regocijo en cuanto descubro por cualquier parte las adelfas. Acostumbrado á verlas desde mi niñez en los campos y á la orilla de los manantiales, tan buscados y bendecidos por los pueblos del Mediodía, siento hacia ese arbusto bravío misteriosa inclinación. Los griegos habían estudiado así la naturaleza de él como la geografía, y viéndolo esquivarse á los rayos del sol y ceñirse á la sombra de cualquier pedrusco, habían inventado la dramática escena que ahora vamos á referir, y que pinta la contradicción entre los besos del dios Apolo y los recatos de la ninfa Dafne.

Amar y no ser amado, ¡qué gran tormento! Recordar á quien os olvida, seguir á quien os huye, sumergirse allá en los oleajes del amor, que necesita de la esperanza, y recoger tan sólo funesta desesperación ¡ah!, entre los tormentos que pueden afligir al hombre y torturar su corazón y morder todas sus entrañas, no hay ninguno que se le parezca. Poner en el ánimo de Apolo amor á Dafne y en el ánimo de Dafne odio al dios era indudablemente la mayor de las penas que podían afligir á un inmortal y el mayor y el más terrible de todos los castigos. Pero nosotros creemos una gran parte de las ideas y de pasiones nuestras exclusivo fruto

del tiempo cristiano, ignorando cómo estas pasiones y estas ideas nacieran y perduraran todas en lejanísimos y apartados tiempos. Creemos que ha traído el cristianismo ese culto á la virginidad, tan criticado por muchos superficiales sabios modernos en la Iglesia católica. Pues ese culto ha subsistido en todos los tiempos y se ha dilatado por todas las teogonías. Acabamos de recordar cómo el amor, no obstante sus ambiciones de universal imperio, respetaba en las musas griegas la castidad fecunda, y no necesitamos decir, por ser cosa muy sabida, cómo Roma impuso rigorosísima castidad á sus vestales. Si la virgen india Neri, la irania virgen Astarte, la Diana que huye de Acteón y besa con sus castos labios y con sus rayos melancólicos la frente de Endimión dormido, las pléyades en el cielo y las náyades en el arroyo significan ese mismo amor á la Virgen que nosotros exhalamos aún hoy en letanías sin fin y representamos en fiestas y en catedrales sin igual, Dafne, como la mayor parte de ninfas inventadas por la religión antigua, estimaba en mucho más su virginidad que los amores de un dios, y huía, por ende, con empeño, á las caricias de Apolo.

La ninfa gusta de la soledad. Si con alguna inclinación puede compararse la suya, es con aquella que propende á la errante vida por los bosques

y á los ejercicios de la caza, como solían en su tiempo las ninfas compañeras de Diana. ¡Cuán hermosa está! Mal envuelta en su túnica de gasa, que, lejos de ocultar, casi revela sus mayores gracias, cabeza y cabello echados á la espalda, por toda corona una cinta donde á lo mejor los airecillos prenden recién caídas hojas á modo y manera de guirnaldas, créese feliz, en su apartamiento de los hombres y en su ignorancia de los amores, con correr desalada en los senos de la naturaleza y nutrirse por todos los poros de los vivificadores efluvios irradiados por aire y sol. No le habléis á Dafne del amor y del matrimonio. Su virginidad es su religión, y á conservarla se reduce toda su voluntad. Muchas veces el río Peneo le habla. En los tiempos antiguos los ríos eran dioses. No hay sino asomarse á las galerías del Vaticano para convencerse de cómo deificaban los antiguos al río. Allí hay otras tantas figuras cinceladas, ya para simbolizar el Nilo, ya para simbolizar el Tíber, y en todas ellas se descubre un carácter divino, como el que puedan tener los dioses mayores. Peneo era, por consiguiente, un dios. Y los dioses, como los reyes, gloriándose mucho de sus dinastías, han menester mucho también su posteridad. Por consecuencia, Peneo estaba impaciente y quería que Dafne le diese un nieto, prenda segurísima de su perpetuidad.

Pero Dafne, ruborizada por las sugerencias y por los consejos paternos, abalanzábase al cuello de su padre, y ciñéndolo amorosa con sus brazos, pedíale que le permitiera permanecer virgen, como lo había permitido Júpiter á Diana. Peneo, por fin, cede mal de su grado á las súplicas de Dafne, y la deja vivir y errar á su arbitrio, lejos del amor y de sus goces, por los bosques de Grecia. Efectivamente, aunque la sombra misma que sigue sus pasos le revele sus bellas proporciones, aunque la fuente que retrata su faz le diga su belleza, Dafne, ignorante del amor, no se figura inspirar tamaña pasión á mortal ni á inmortal ninguno. Y, sin embargo, la inspiraba.

Hay, no un mortal, un verdadero inmortal, que no solamente lo ve todo sobre la superficie del planeta, sino que lo hace ver todo á las retinas, sembradas como estrellas en el planeta. Él da su color azul á los cielos y á los mares, su color verde á los bosques y á las selvas, sus gayos colores al iris y á la floresta. Como pintor por excelencia, y músico al par de pintor, y al par de músico poeta, presta susurros al arroyo, melodías á la cítara, cadencias al hexámetro, gorjeos al ruiseñor, notas á la flauta, líneas y proporciones á la escultura, luz á todos los seres é ideas á todas las almas. El amor, en consecuencia, de tal dios, debe atraer á una ninfa, la cual

no podría vivir en sus campiñas tan amadas si el sol no prestase á estas los resplandores con que se alumbran y los donativos con que fructifican. Pero Dafne podría sentir por Apolo un respetuoso amor, como el que siente por su padre Peneo, una grande amistad, como á un hermano mayor ó á una virgen compañera suya; pero no el inquieto, no el ardiente, no el intensísimo amor aquel, que absorbe las facultades todas de nuestro sér y los torrentes todos de nuestra vida. Hubiera podido Apolo mandar todas las musas de su Parnaso para que le aconsejaran, todos los estambres y todas las fibras de sus flores para que la vistieran, todas las melodías de sus arpas y de sus aves para que la meciesen, todas las mieles de sus colmenas y de sus frutos para que la regalaran, todo el imperio de sus seres extendido por el espacio inmenso para que la obedecieran; con esto, y con todo, no subyugara la indómita naturaleza de Dafne, resuelta por la conservación de su virginidad intangible y por la vida errante y nómada en las recatadas soledades de los bosques. La inocencia, fundada en la ignorancia, resultará siempre inaccesible ó inexpugnable á los asaltos del amor. Así Dafne, tan inocente como ignorante, contentábase con el recreo de contemplar su belleza en las linfas de los arroyos, y no quería oír hablar del amor, ni de sus penas, ni de sus goces, no

obstante revelárselo por todas partes las misteriosas afinidades entre todos los seres.

Nuestro ilustre amigo el gran filólogo Max Müller ha demostrado en sus estudios que Dafne significa espiración, y laurel, y aurora. Mas ha predominado sobre todos sus sentidos el segundo, á causa de haberlo revestido con hermosísimos colores el genio griego en su maravillosa historia del sol y la adelfa, de Apolo y Dafne. En efecto, pocas tan bellas y dramáticas. En cuanto la flecha del amor hiere al corazón del dios, busca éste á la hermosa ninfa; y en cuanto la flecha del odio hiere á Dafne, huye al hermoso dios ésta. Dos carreras vertiginosas comienzan: la del hermosísimo Apolo en pos de la ninfa, y la de Dafne á las caricias de Apolo esquivándose. Cuanto más el odio la persigue y más á ella se acerca, más Dafne se recata en su inexpugnable pudor, y á los besos y á los cariños del amante desalado esquivo su persona. Apolo recurre á todas las magias de su elocuencia, y á todas las seducciones de su voz, y á todos los prestigios de su arte, y á todos los poderes de su divinidad para encadenar la fementida hermosa y prenderla en las áureas redes y en las hábiles trampas de su amor. El relámpago en las nubes, el céfiro en las florestas, los rayos del alba en los horizontes, no corren como huye rápida y ligera Dafne. Uno y otro dis-

curso emplea embelesado, que Ovidio ha puesto en la música incomparable de sus armoniosísimos versos. Quien desee holgarse con las cadencias de rotundos y esculturales hexámetros, debe leer aquellas magníficas poesías, de una elocuencia incomparable, aunque rompan un tanto las proporciones matemáticas del período y del verso antiguo con una especie de orientalismo semejante al que de Córdoba llevaron en su tiempo, más tarde, á Roma, los dos grandes y profundos escritores, aquejados por su propio natural de los énfasis y de las hipérbolos nacionales, aquellos dos escritores que se llaman Séneca y Lucano. A pesar de tal condición, esta poesía de Ovidio tiene halagos extraordinarios y extraordinarias seducciones, sobre todo para nosotros los escritores meridionales. No pueden leerse, pues, sino con grandísimo encanto aquellos versos en que Apolo declara, como pudiera en libro de caballería un paladín á su dama, el amor á Dafne:

*Amor est mihi causa sequendi.*

En efecto, dícele Apolo, al verla huir, cómo no la persigue un enemigo. Y después de asegurarle tal afecto, ruégale con súplica humilde que se pare y detenga. Sus ojos brillan como astros; sus labios, contraídos por el desprecio que le inspira el dios Apolo, se purpuran y enrojecen cada vez más;

relucen á la gran respiración, que su carrera exige, los blancos dientes en la boca entreabierta; y sus breves manos, y sus ligeros piés, y sus desnudos hombros, y sus escultóricos brazos, y su agitado seno parecen como hechos para llamar en torno suyo enjambres de pasiones, cual llama en la floresta el dulzor de los cálices á sí enjambres de zumbadoras abejas. Apolo comprende que huya la oveja del astuto lobo, la ternera del cruento león y la paloma del milano, pues á un enemigo huyen y de la muerte se retraen; pero Dafne huye á un amante y se retrae del primero entre todos los gozes humanos, se retrae ¡ingrata! del amor. Y así es tal éste, y en grado tanto, que le aconseja preserve sus piés de las espinas brotadas en el camino y su pecho del ahogo causado por la carrera. Nada más triste para un amador verdadero que causar penas y tristezas al sér predilecto é idolatrado, á quien sólo quisiera causar bienes y regocijos. Así es que Apolo ruega con todo encarecimiento á la ninfa detenga su carrera y él detendrá su persecución, entibie su odio y él entibiará su amor, tan sólo para complacerla y para servirla, pues los senderos por donde corre desalada le parecen muy ásperos y la exposición de tropezar y de caer en ellos le parece muy grande.

No; no es un salvaje quien la sigue, ni un áspe-

ro montañés acostumbrado á la rudeza de los riscos ni un feo y repugnante pastor, hecho tan sólo á guardar bueyes y ovejas.

*Nescis, temeraria, nescis quem fugias.*

Ignora la temeraria, ignora de quién huye, y por eso tan sólo, por eso huye. Al dios Apolo, desde Tenedos á Delfos, le obedecen de rodillas cien pueblos; Júpiter lo engendró y nació en el Olimpo; las adivinaciones de lo porvenir, imposibles á los mortales, revélanse todas á su mirada penetrante y caen de sus labios como de los panales caen las mieles; él acordó los versos en la poesía y las cuerdas en la lira; él enseñó á la voz humana, cuando sólo dar gritos sabía, las prodigiosas artes del cántico; él lleva en la espalda el carcaj y el arco en sus puños, con los cuales persigue á las enemigas serpientes; sus ojos son el sol, y como ha producido la luz, ha producido aquello único que sobre la luz, hay en el universo, ha producido las ideas. Médico también, sabedor de todas las virtudes contenidas en las plantas, ignora, sin embargo, en su ciencia infinita y en su arte sumo cuáles remedios guarda la tierra para el amor. Un arte que ha socorrido á los pobres, que ha curado á los enfermos, que auxilia las fuerzas humanas y que sostiene aún á los más humildes y más míseros ¡ah! no ha